

LA ORACIÓN DE PETICIÓN Y SÚPLICA EN EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

No pretendemos tratar exhaustivamente el tema, que requeriría una gran amplitud y estudio de los diferentes aspectos que incluye: bíblico, de tradición de la Iglesia, litúrgico, espiritual y pastoral. En todos estos aspectos se encuentran elementos preciosos para caer en la cuenta de la importancia y valor de esta oración.

Son muchísimas las citas bíblicas del AT y NT que se refieren a la oración de petición; son significativos los textos de los Santos Padres relativos a esta forma de oración, innumerables son los textos de la Liturgia a lo largo de su historia de más de veinte siglos. Por citar algunos planos y aspectos en los que la "lex orandi" establece la "lengem credendi" para la Iglesia universal y que, da fe de la *veracidad* de esta oración, destacaré: la oración del Padrenuestro utilizada en la Eucaristía y la LH, los Salmos que la Iglesia recita cada día en el Oficio divino (muchos son de petición), la oración universal o de los fieles y las preces de Laudes y Vísperas, las peticiones de las Plegarias eucarísticas, la oración antiquísima *por* los difuntos, las Misas en diversas necesidades, las oraciones epiclésicas de los distintos Rituales, en las que se pide el don del Espíritu Santo sobre los dones de la Iglesia y las personas, etc.

A elementos de todo este tipo acude el *Catecismo de la Iglesia Católica* (=CCE) para hablar de la oración y también de la *Oración de petición*.

Es preciso reconocer que la oración de *petición* no es la forma de oración más desinteresada ni más "pura" por parte del cristiano o la comunidad. Pero eso no es razón para que no sea verdadera oración y quizás la más practicada por la mayoría de los orantes. Reconocemos también que comporta fallos y deficiencias, pero no por eso se justifica el desprestigiarla o laminarla. Por eso, el camino pastoral no es el presentar sus fallos y realizaciones incorrectas o

equivocadas para condenarla, sino que, descubriendo su verdadera naturaleza y valor oracional, ayudar a purificarla y potenciar lo bueno que contiene.

En lo referente a la oración, como en otras muchas verdades y prácticas de la Iglesia, es preciso acudir a *toda* la Sagrada Escritura, no sólo a los textos que en un momento pueden ayudar a establecer *una concepción individual y subjetiva*. La oración cristiana en todas sus formas es *de Cristo* (no sólo en la letra y espíritu del NT), sino también en el *cómo la ha entendido y practicado la Iglesia, sacramento oracional de Cristo y Cuerpo unido a la Cabeza a lo largo de los siglos*. Y en este sentido, la oración litúrgica es siempre modelo, “fuente y cumbre” con la máxima eficacia santificadora, de todo otro tipo de oración (cf. SC 10; 7; 12-13)¹.

La oración del cristiano, sea comunitaria o “a solas”, siempre es una acción en la que está implicado Cristo, el Espíritu Santo y la Iglesia, de la cual el cristiano es miembro (cf. OGLH 6-9). Tal oración se dirige y termina en el Padre (cf. OGLH 6-7). Desligar la interpretación de cualquier forma de oración de este contexto y orientación es ponerse en situación de no comprenderla.

Nuestro propósito es entrar con apertura objetiva y simpatía de discípulo en la visión que el CCE tiene sobre la oración de *petición o súplica*, como expresión de la “lex credendi” de la Iglesia (Iª parte), que recibe su fuerza de la “lex supplicandi” (IIª parte) y en orden a una correcta “lex operandi” en tal campo (IVª parte).

Con ello queremos contribuir a la *defensa de la oración de petición* frente a algunos “ilustrados” o “sabios de este mundo”, que ganados por la fascinación de “su ciencia” (cf. 1Cor 1, 18-2,5), creen que debe superarse esta forma de oración, que según ellos contribuye a oscurecer la imagen de Dios. No sé si son conscientes de que crean *un vacío de piedad* y, en el fondo, se oponen a la “necedad en Cristo” de la gente sencilla y de una de las oraciones más significativas de la piedad popular².

1 Cf. Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Directorio sobre la piedad popular y la Liturgia. Principios y orientaciones (BAC-documentos, Madrid 2002) nn. 71; 73. En adelante lo citaremos con la sigla DPPL.

2 Para una introducción a esta oración, cf. J. M. Canals, *Oración litúrgica* en A. Aparicio Rodríguez-J. Mª Canals (dirs.), *Diccionario teológico de la vida consagrada* (Publicaciones Claretianas, Madrid 2000) edic. 3ª, 1236-1237; 1239-1240; S. Gamarra, *Oración* en X. Picaza-N. Silanes (Dirs.), *Diccionario teológico. El Dios cristiano* (Secretariado trinitario, Salamanca 1992) 986-987; E. Ruffini, *Eucaristía* en S. de flores-T. Goffi (a cura) *Nuovo dizionario di spiritualità* (Ediz.

1) ENCUADRE DEL TEMA

La oración cristiana es vivir del Misterio “en una relación viviente y personal con Dios vivo y verdadero. Esta relación es la oración” (CCE 2558). El “Misterio” en el CCE es la categoría-gozne en torno a la que gira todo su contenido³. Pero el significado hay que buscarlo en san Pablo, en los PP de la Iglesia y en las fuentes litúrgicas antiguas. Se trata del plan o designio eterno de Dios, anunciado desde antiguo por los profetas, realizado plenamente en Cristo, sobre todo en su pasión, muerte y resurrección y continuado por la Iglesia, sacramento universal de Jesucristo, sobre todo en las acciones rituales y eficaces (sacramentos y demás celebraciones litúrgicas).

El *centro* de este misterio es el misterio Pascual de Jesucristo, que no ha pasado, sino que se actualiza siempre en la Iglesia (CCE 1084-1090). Este misterio por obra del Espíritu Santo (CCE 1091-1109), por la anámnesis y epiclesis, se actúa realmente “in sacramento” y atrae a todos a la Vida (CCE 1085).

Por eso la oración cristiana es el encuentro personal y vivo con el Cristo pascual que, de muchos modos, por el Espíritu Santo nos atrae a su Vida definitiva y nos conduce al Padre.

El CCE se hace de nuevo y expresamente la pregunta: “¿Qué es la oración?” Y responde con palabras de Sta. Teresa de Lisieu: “Para mí la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de alegría” (CCE 2558).

El CCE *destaca* el carácter dialogal de la relación entre Dios y el orante, su aspecto prevalentemente vivencial y la diversidad de modos o formas de relación. La recién nombrada doctora de la Iglesia (1997), la joven carmelita definida por la espiritualidad de la infancia confiada en el Dios misericordioso, centra su definición en actos que brotan del corazón, de los ojos del alma y de lo más hondo de la persona.

Y en la “primera sección” de la IV parte, el CCE pone de relieve *tres perspectivas* esenciales para entender todo el conjunto: la *primera* presenta la oración como “don de Dios” (nn 2559-2561). Desde

Paoline, Cinisello Balsano, Milano 1985) 617-618; B. Maggioni, *Oración* en P. Rosano-G. Ravasi-Girlanda, *Nuevo diccionario de Teología bíblica* (San Pablo, Madrid 1988) 2ª edic. 1344-1345; G. Ravasi, *Los Salmos* en *Ibid.* 1755.

³ Cf. A. M. Triacca, *La celebración del Misterio cristiano. Linee guida per approfondire il CCC 1066-1209 en La catechesi al traguardo. Studi sul Catechismo de la Chiesa cattolica.* (LAS, Roma 1997) 301-324.

esta angulatura es muy importante la descripción de S. Juan Damasceno: “La oración es la elevación del alma a Dios o la petición a Dios de bienes convenientes” (n 2559). Se destaca en el orante su esfuerzo de “elevarse” espiritualmente, su apertura de alma tratando de despegarse de lo ordinario, para “ascender” a Dios y, al mismo tiempo, la acción tan humana de *pedir al Señor* lo que es *conveniente* a la persona o comunidad.

Pero se precisa que la oración es un “don” que se recibe “gratuitamente”, cuando se es humilde.

Todo ello supone que “el hombre es un mendigo de Dios” (San Agustín, Serm. 56, 6, 9) y que “nosotros no sabemos pedir como conviene” (Rm 8, 26) (CCE 2559).

La oración presenta a Dios *nuestra indigencia*, como lo hace un mendigo que extiende la mano y pide una limosna. Pero incluso cuando hacemos esto somos *ignorantes sobre qué pedir*.

Dos son, por tanto las pobrezas del hombre en su oración: saberse indigente y no saber con claridad qué remedio o don pedir.

Pero una cosa es cierta: el Dios uno y trino, trascendente y cercano a nosotros, nos espera allí donde manifestamos o vivimos nuestra indigencia. Él nos busca primero e infunde en nosotros sed de Él, como en el caso de la samaritana⁴. La oración es el encuentro de la sed de Dios con nuestra propia sed.

Dios se nos adelanta en la comunicación de los dones y nosotros llegamos a creer que es iniciativa nuestra, cuando realmente es Dios quien infunde en nosotros la sed de él y la satisface con su don. Por eso Jesús dice a la samaritana: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice ‘dame de beber’, tú le pedirías y él te daría...” (Jn 4, 10) (n. 2560). “Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de El” (S. Agustín, Quaest. 64, 4; CCE 2560). El Dios todopoderoso, el dueño de todo y Señor de todo lo creado quiere sentir hambre y sed de comunión con el hombre. Es algo que sólo se explica desde el amor y el deseo de compartir su felicidad plena con aquel, creado a su imagen y semejanza.

En este contexto y, en clave de alianza de amor, se entiende todo el dinamismo de la “esponsalidad” entre Dios y el pueblo de Israel.

4 El prefacio III de cuaresma en el ciclo A, reflexiona sobre el pasaje de la Samaritana.

Jesús le pide agua, pero ya había infundido en ella la sed de la fe para poder encender en ella el fuego del amor hacia él.

descrita e incluso expresada simbólicamente, por los profetas Oseas y Jeremías (Jr 2, 1-3, 5; 9, 1-8; Os 1, 2-3, 1-5; 4, 15, 19).

Dios es el Esposo amado que siente celos de Israel su Esposa, está dispuesto a perdonarla en su traición, a recogerla de su infidelidad y volver a desposarse con ella para siempre en amor y fidelidad. El diálogo de amor entre Dios y su pueblo, es la oración fervorosa de Dios hacia su Esposa y de ésta, arrepentida, experimentando su esclavitud, pidiendo ayuda y sintiendo la felicidad de saberse acogida y amada de nuevo por el Esposo.

En los Evangelios Cristo, el Esposo, se dirige también al pueblo con figuras esponsales y los autores del NT seguirán utilizando este figura para expresar las relaciones de Cristo con la Iglesia.

Por eso cuando el hombre se abre a Dios y le manifiesta su indigencia, Dios no puede menos de sentirse feliz por poder comunicar al hombre sus dones. En esa comunión divino-humana se difunde la comunión de amor que se da entre las tres divinas personas. En ambos casos es el Espíritu Santo quien crea esa corriente de amor, esa savia o espacio vital (CCE 1108-1109).

La *segunda* perspectiva es la de la "oración como Alianza" (nn 2562-2564). La oración brota de lo más profundo del hombre. Brota del "corazón", es decir, la morada donde yo estoy o donde yo habito" (n 2563). El corazón "es el lugar del encuentro... es el lugar de la Alianza" (*Ibid.*). La oración "es una relación de Alianza entre Dios y el hombre, en Cristo. Es acción de Dios y del hombre; brota del Espíritu Santo y de nosotros, dirigida por completo al Padre, en unión con la voluntad humana del Hijo de Dios hecho hombre" (n 2564).

En esta perspectiva se destaca la relación del hombre con Dios, la profundidad del ser humano (su corazón), el carácter afectivo y de compromiso interpersonal entre Dios y el hombre.

La imagen de Alianza evoca un tema profundamente bíblico del AT y del NT. En la alianza se recoge la profundidad del amor de Dios hacia su pueblo.

En ella Dios toma la iniciativa y esta alianza llega a la cumbre del amor en el derramamiento de la sangre del Hijo, para la remisión de los pecados humanos. En esta categoría de Alianza, referida a la oración, se precisa el papel de Cristo como Mediador, el del Espíritu Santo como fuente primera de la oración y el del Padre como término al que se dirige. La acción de Cristo y del Espíritu comportan una "sinergia" con el hombre. La oración supone una comunión y colaboración en la acción entre Cristo y la comunidad o la persona y entre el Espíritu Santo y los mencionados agentes.

Para entrar más en la profundidad del aspecto de la oración cristiana como alianza, es preciso profundizar en los textos del AT y NT, que la describen o reflexionan sobre ella.

Los profetas y los Salmos ahondan en ella con acentos profundamente afectivos y oracionales. Jesucristo, entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación, es el autor de la “nueva y eterna alianza” en su sangre. Y esta alianza se actualiza y perpetúa sobre todo en la celebración de la Eucaristía. Por eso en la Eucaristía tiene lugar objetivamente la mejor oración, que actualiza la respuesta orante del Hijo amado a la voluntad del Padre, ofreciendo su vida sacramentalmente, como lo hizo físicamente, de una vez por todas en la Cruz. En ese diálogo de amor y de obediencia el Padre es glorificado plenamente, los hombres son salvados y la Alianza entre Dios y los hombres en Cristo, llega a su culmen de comunión en el amor y en la donación interrelacional.

La perspectiva *tercera* presenta “la oración como comunión” (n 2565). “La vida de oración es estar habitualmente en presencia de Dios, tres veces Santo, y en comunión con Él”. La oración hace experimentar al orante que se encuentra delante o en presencia de Dios y que su vida es compartida plenamente por aquel. Y el orante experimenta esto como algo habitual, porque su oración también es algo habitual, por no decir constante. “La gracia del Reino es la unión de la Santísima Trinidad toda entera con el espíritu todo entero” (S. Gregorio de Nac. Or. 16, 9; CCE 2565). “Esta comunión de vida es posible siempre porque, mediante el Bautismo nos hemos convertido en un mismo ser con Cristo” (cf Rm 6, 5; CCE n 2565).

El cristiano por el Bautismo ha entrado, como miembro vivo a compartir el ser y la vida de Cristo, en el Espíritu, que es el vínculo de comunión con la tres divinas Personas. Así en el bautismo, como dicen los orientales, somos “divinizados” o “deificados”⁵ y el ser de Dios es compartido, mediante la gracia de Cristo y la virtud del Espíritu Santo, por quienes han sido sepultados en la muerte del Señor y han experimentado la vida nueva del Resucitado. Esta deificación la va realizando progresivamente el Espíritu Santo, como “Iconógrafo”⁶ de Cristo con la ayuda (“sinergia”) libre del hombre.

La oración cristiana lo es tanto en cuanto es comunión con Cristo y se extiende a todo el Cuerpo de la Iglesia. “Sus dimensiones son las del Amor de Cristo (cf Ef. 3, 18-21)” (n 2565). Por ello no puede

5 Cf. J. Corbon, *Liturgia fundamental. Misterio-celebración-vida* (Edic. Palabra, Madrid 2001) 215-222.

6 Ibid 220.

quedarse en una oración restringida a las necesidades individuales, familiares o de grupo.

Creemos que es intención del CCE que se interprete e ilumine los diversos capítulos de esta IV parte, *desde estas tres perspectivas* expuestas. En este sentido, esta “primera sección” es *clave* para la comprensión de los demás aspectos.

2) EL CONTEXTO DE LA “ORACIÓN DE PETICIÓN” E “INTERCESIÓN”

Asentadas las *tres grandes claves* de la oración cristiana, nos disponemos a situar en su *contexto próximo* lo que constituye el *tema explícito* de nuestro trabajo: “la oración de petición” (CCE 2629-2633) e “intercesión” (2634-2636)⁷.

Este tema se encuadra en el Cap. I, con el título: “La revelación de la oración. La llamada universal a la oración” (antecede al n 2566).

En la introducción del capítulo se pone de relieve que “el hombre busca a Dios” (n 2566) y que “Dios es quien primero llama al hombre” (n 2567). El CCE llega a decir que “esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre *lo primero* en la oración, la iniciativa del hombre es siempre una respuesta” (CCE 2567; cf 30)⁸.

Este capítulo se vertebra en *tres artículos*: los referentes al AT (nn 2568-2597). Este *primero* expone cómo Dios va *revelando* el don de la oración a los grandes orantes del primer Testamento. El *segundo* se refiere a “la plenitud de los tiempos” o la presencia del Hijo de Dios hecho carne, en el mundo (nn 2598-2622). En él se expone la oración de Jesús, revelación de la plenitud de oración al Padre, por el Espíritu Santo. Se estudia primero la oración de Cristo, luego su enseñanza sobre cómo orar, para terminar diciéndonos cómo acoge nuestra oración (n.2598).

7 Aunque los números señalados son los que se refieren explícitamente al tema, no se debe desatender las referencias que cada número del CCE hace a uno o más números de otros artículos que constituyen un material complementario muy importante. Además las referencias se hacen no sólo a la parte del Catecismo en la que se encuadra tal artículo, sino con mucha frecuencia también se citan artículos de las otras partes. De este modo la perspectiva se amplía y se enriquece desde diversos ángulos.

8 En este sentido puede verse J. Pablo II, Carta Apostólica “Novo millennio ineunte” al concluir el gran Jubileo del año 2000 (6-I-2001) (San Pablo 2001) n 38. La citaremos con la sigla NMI.

El artículo *tercero* se titula: “En el tiempo de la Iglesia” (nn 2623-2649). Expone cómo el Espíritu Santo, desde Pentecostés “enseña a la Iglesia y le recuerda todo lo que Jesús ha dicho (cf Jn 14, 26)” (n 2623). El es también quien le enseña en la vida de oración ya comunitaria, ya individual.

Y es precisamente en este *contexto inmediato* (Art. III) donde se encuadra la oración de *petición e intercesión* (nn 2629-2636).

El CCE afirma que el Espíritu Santo “suscita nuevas formulaciones que expresan el insondable misterio de Cristo que actúa en la vida, en los sacramentos y en la misión de la Iglesia” (n. 2625). Espíritu e Iglesia, con Cristo, son los sujetos responsables de que también este tipo de oración (la de petición) se revista, según los tiempos y la geografía, de fórmulas nuevas y adecuadas, en las que se exprese viva y se expanda al misterio de Cristo.

Estas fórmulas se desarrollan “en las grandes tradiciones litúrgicas y espirituales” (n. 2625) a lo largo de la vida de la Iglesia. En ellas “el Espíritu Santo... recuerda así a Cristo ante la Iglesia orante, conduce a ésta también hacia la Verdad plena...”. En este sentido “las *formas de la oración*, tal como las revelan los escritos apostólicos canónicos, siguen siendo normativas para la oración cristiana” (n. 2625; cf 1092;1200).

Quiere ello decir que tales formas oracionales han de ser la matriz que inspire y modele siempre las innumerables formas de oración de la Iglesia. Así lo ha hecho la Liturgia desde los primeros siglos y así lo ha hecho la mejor tradición orante de la piedad cristiana.

Es importante que las fórmulas nuevas se inspiren en aquellas y la *dimensión bíblica* es el elemento siempre fundamental para la renovación de las fórmulas oracionales⁹.

Y a partir de esta breve *introducción*, el CCE presenta las *distintas formas de oración* por este orden: la bendición y adoración (nn. 2626-2628), la oración de petición (nn. 2629-2633), la oración de intercesión (nn 2634-2636), la oración de acción de gracias (nn 2637-2638), la oración de alabanza (nn 2639-2643).

Se podría *preguntar* en primer lugar: ¿Con qué *criterios* se ha establecido el orden de enumeración de tales formas de oración? ¿Se trata de criterios *objetivos* o más bien se establece este orden, sin prejuzgar qué forma es la más antigua, la más importante, la

9 Cf. Pablo VI, *Exhortación Apostólica* “Marialis cultus” (1974): *La Virgen, hoy. El mensaje de Pablo VI* (Nuevos folletos PPC, Madrid 1974) n. 30.

más usual o significativa en la sagrada Escritura o en la Tradición de la Iglesia orante?

Sea cual sea la respuesta, en realidad no supone mucha variación respecto al objetivo que nos proponemos. Desde nuestro punto de vista, no nos parece que el criterio para esta enumeración haya sido el derivado de la Biblia o el de la forma más estimada en la misma, así como en la tradición orante de la Iglesia¹⁰.

3) LA ORACIÓN DE PETICIÓN O SÚPLICA

El CCE dedica a esta forma de oración cinco números (2629-2633).

Primero se hace referencia al “vocabulario neotestamentario” sobre esta forma de oración, que implica muchos matices respecto al concepto básico. El vocabulario de términos incluye: la súplica, pedir, reclamar, llamar con insistencia, invocar, clamar, gritar e incluso “luchar en la oración (cf Rm 15, 30)” (CCE 2629)¹¹. Pero según el CCE “su forma más habitual por ser la más espontánea, es la petición” (*Ibid.*). Éste es, por tanto, el vocabulario utilizado para referirse a la oración de *petición* o *súplica*. Se trata de un vocabulario muy conocido y utilizado en la vida ordinaria. Es un vocabulario muy conocido en el Evangelio y en la oración de las gentes religiosas de todos los tiempos. Lo es sobre todo en la piedad popular.

10 Desde el punto de vista bíblico, que luego pasará a la Liturgia judía y a la oración de la Iglesia destaca la oración de bendición (enumerada como primera con la de adoración), la de acción de gracias (enumerada en quinto lugar) y alabanza (en último término). Quizás se haya pretendido una graduación correspondiente a un avance progresivo en el descubrimiento y la práctica de la oración cristiana. Este es nuestra impresión, no demasiado ponderada.

11 Rm 15, 30: “Pero os suplico, hermanos..., que luchéis juntamente conmigo en vuestras oraciones rogando a Dios por mí, para que me vea libre de los incrédulos de Judea”...; Col 4, 12: “Os saluda Epafras... que se esfuerza siempre a favor vuestro en sus oraciones para que os mantengáis perfectos cumplidores de toda voluntad divina”.

Nos preguntamos ahora:

¿Qué se manifiesta o aparece en la oración de petición?

Quisiéramos acercarnos a la presentación que hace el CCE de esta forma de oración con una actitud de *lectura objetiva*, tratando de descubrir el movimiento, situación y actitudes del orante que se expresa en esta clave.

Dejamos de lado ideas o posturas preconcebidas, a veces muy subjetivas y críticas con tal forma de oración, para llegar a lo que es la *entraña humana y teológica* de la misma. Cuando se parte de una concepción previa, incluso “ideologizada”, fundamentalmente “humana”, ya se pone un obstáculo *insalvable* a la oración que es “revelación de Dios”¹². La oración del tipo que sea es preciso interpretarla desde la fe.

Es el mismo CCE el que responde al interrogante arriba formulado:

– Lo que aparece *en primer lugar* en la oración de petición es “la conciencia de nuestra relación con Dios” (n 2629).

Somos seres *abiertos y necesitados de entrar en diálogo* y en contacto con Dios. Lo hemos indicado ya, como *nota esencial* de toda oración cristiana (CCE 2558). “El hombre depende del Creador, está sometido a las leyes de la creación y a las normas morales que regulan el uso de la libertad” (CCE 396).

El hombre, por ser don de Dios, está llamado a relacionarse personal y libremente “con Dios vivo y verdadero” (CCE 2558). Pero esto debe hacerlo como amigo y, al mismo tiempo, “en forma de libre sumisión a Dios” (n 396).

Entre Dios y el hombre existe “un límite infranqueable que el hombre en cuanto criatura debe reconocer libremente y respetar con confianza” (n 396)¹³.

12 En la NMI Juan Pablo II insiste en la “primacía de la gracia”; añade: “La oración... nos recuerda constantemente la primacía de Cristo y, en relación con Él, la primacía de la vida interior y de la santidad. Cuando no se respeta este principio ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración? NMI 38.

13 Este límite lo simboliza “el árbol del conocimiento del bien y del mal” (Gen 2, 17; cf. CCE 396).

Esto significa que el hombre depende de Dios creador, “está sometido a las leyes de la creación y a las normas morales que regulan el uso de la libertad” (CCE 396)¹⁴.

Mediante la *oración de petición* el hombre manifiesta con claridad que, por ser criatura no tiene origen en si mismo, ni es dueño de sus adversidades, ni su “fin último”; pero sabe también que por sus pecados, como cristiano se aparta de Dios, su Padre. “La petición ya es un retorno hacia Él” (CCE 2629).

La *petición* muestra a las claras el deseo y la necesidad que el hombre tiene de reencontrarse con el Padre, sobre todo cuando el hombre lo necesita o experimenta que se ha alejado de él. En este sentido la parábola del Hijo pródigo es un ejemplo excepcional que describe la situación mísera del hijo y el vuelco interior para retornar al Padre, contándole su desgracia y presentándole su súplica llena de arrepentimiento: ...“trátame como a uno de tus jornaleros” (Lc 15, 21).

Junto a la súplica e incluso, antes que ésta, está la exposición humilde y confiada de su pecado, la conciencia de haber perdido la dignidad de hijo y por eso la petición de un trato correspondiente no al de hijo, sino al de un jornalero del Padre.

– En *segundo lugar* la oración de petición manifiesta “la humildad confiada” (n 2631). Esta humildad se manifiesta, ante todo, en la “petición de perdón..., el primer movimiento de la oración de petición (cf. Lc 18, 13)” (CCE n 2631; cf 2838). Tal petición “es el comienzo de una oración justa y pura” (*Ibid.*).

Esta humildad se manifiesta llena de confianza “nos devuelve a la luz de la comunión con el Padre y su Hijo Jesucristo, y de los unos con los otros (cf. 1 Jn 1, 7- 2, 2)”.

Cuando se dan estas actitudes y sentimientos “cuanto pidamos lo recibimos de él” (1Jn 3, 22) (CCE n 2631)¹⁵.

En tales circunstancias la oración de petición es eficaz. Es claro que esta petición del perdón de los pecados a Dios, supone el que previamente nosotros perdonemos a los que nos ofenden (CCE

14 Reconocer la dependencia completa del hombre respecto del Creador “es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza” (CCE 301; cf 396).

15 El texto de san Juan habla de que “si la conciencia no nos condena..., porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada” (Jn 3, 21-22).

2838)¹⁶. No nos perdona Dios, si nosotros no perdonamos a quienes nos han ofendido.

Por eso CCE 2631 dice que “tanto la celebración de la Eucaristía como la oración personal comienzan con la petición de perdón” (CCE 2631). Ella nos abre el camino de par en par para adentrarnos en la oración más profunda, sincera y libre de condicionamientos humanos. Los santos Padres llegan a decir que, quien no perdona, se halla esclavizado por sus propias cadenas, está encarcelado en su propio pecado de odio o falta de amor al prójimo.

– En *tercer lugar* la oración de petición manifiesta como centro “el deseo y... la búsqueda del Reino que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús (cf Mt 6, 10. 33; Lc 11, 2.13). El mismo CCE 2816, explicando la petición del Padrenuestro, “venga a nosotros tu Reino” concreta el profundo significado de este concepto. Este Reino de Dios se identifica con la persona y la obra de Jesucristo, al cual llamamos todos los días y cuyo advenimiento queremos apresurar por nuestra espera (CCE 2816; cf. 2632; 560; 1107).

En la oración cristiana de petición “hay una jerarquía en las peticiones” (CCE 2632). Lo primero que se ha de pedir es el Reino y luego lo “necesario para acogerlo y... cooperar a su venida” (*Ibid.* cf. 1942)¹⁷. La Iglesia, en la economía presente, *coopera* con la misión de Cristo y del Espíritu Santo. Esta cooperación “es objeto de la oración de la comunidad apostólica (cf Hech 6, 6; 13, 3)”.

Antes de imponer las manos y enviar a la misión evangelizadora a los ministros, la Iglesia *ora* y *ayuna* por ellos.

16 Dice éste artículo del CCE: “Esta petición es sorprendente... según el segundo miembro de la frase, nuestra petición no será escuchada si no hemos respondido antes a una exigencia. Nuestra petición se dirige al futuro, nuestra respuesta debe haberla precedido; una palabra las une: “como”.

17 “Difundiendo los bienes espirituales de la fe, la Iglesia ha favorecido a la vez el desarrollo de los bienes temporales, al cual con frecuencia ha abierto vías nuevas. Así se han verificado, a lo largo de los siglos las palabras del Señor: “Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt 6, 33).

Desde hace dos mil años vive y persevera en el alma de la Iglesia ese sentimiento que ha impulsado e impulsa todavía a las almas hasta el heroísmo caritativo de los monjes agricultores, de los libertadores de esclavos, de los que atienden enfermos, de los mensajeros de fe, de civilización, de ciencia, a todas las generaciones y a todos los pueblos con el fin de crear condiciones sociales capaces de hacer posible a todos una vida digna del hombre y del cristiano (Pío XII, discurso del 1 de junio 1941)” (CCE 1942).

La oración de Pablo¹⁸ nos revela cómo la solicitud divina por todas las Iglesias debe animar la oración cristiana (cf Rm 10, 1; Ef 1, 16-23; Flp 1, 9-11; Col 1, 3-6; 4, 3-4.12)¹⁸. Es una oración de acción de gracias, memorial, pero, en muchos casos, también lo es *de petición* por las comunidades concretas.

Al orar y, también con la oración *de petición*, (cf 2854)¹⁹ “todo bautizado trabaja en la venida del Reino” (CCE 2632). Es preciso que la comunidad cristiana pida con insistencia la venida del Reino, que ella necesita, mientras evangeliza y desea que su Señor llegue a los corazones y a las comunidades.

Mientras da gracias por la extensión de la Palabra de Dios, por la acogida de las enseñanzas del Maestro, por la correspondencia de los fieles a los dones de Dios; mientras conmemora los acontecimientos realizados en el pasado y actualizados en el presente, ora también para que penetre y se extienda más el Reino que trae la salvación y la paz.

– En *cuarto lugar*, la oración de petición muestra y tiene por objeto *toda necesidad* (CCE 2633). “Cristo, que ha asumido todo para rescatarlo todo, es glorificado por las peticiones que ofrecemos al Padre en su Nombre (cf Jn 14, 13)” (*Ibid.*). Cuando pedimos en el Nombre de Cristo por cualquier necesidad, asumiéndola como lo hizo el Maestro y deseando su solución, según su beneplácito, el Hijo es glorificado.

No sólo no molestamos a Dios con tales peticiones, no sólo no son inútiles o inconvenientes (sin sentido), sino que, hechas tal como hemos indicado, contribuyen a que el Hijo de Dios, en cuyo Nombre pedimos, sea glorificado²⁰. Las palabras de san Juan no admiten duda y la *repetición* destaca la verdad de la afirmación.

“El Padre que nos da la vida no puede dejar de darnos el alimento necesario para ella, todos los bienes convenientes, materiales y espirituales” (n. 2830). Jesús invita a sus discípulos a la confianza filial, no nos impone la pasividad, pero quiere liberarnos de toda inquietud agobiante y de toda preocupación (cf. *Ibid.*). Por eso

18 Ora por los judíos, por los cristianos efesios, filipenses y colosenses. Se trata de una oración de petición o en favor de las personas y comunidades.

19 Este artículo se refiere a la petición última del Padrenuestro: “y líbranos del mal” (n 2850 ss).

20 “Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré”. Cf. además Mt 15, 16; 16, 24-26; Mt 7, 7-11; Hech 3, 16-18.

nos pide confiar y cooperar con la Providencia amorosa del Padre (cf Mt 6, 25-34).

Con una seguridad grande de que obtendremos lo que pedimos, Santiago (cf St 1, 5-8) y Pablo (cf Ef 5, 20; Fil 4, 6-7; Col 3, 16-17; 1 Tes 5, 17-18) nos exhortan a *orar en toda ocasión* (n 2633). Esta oración se refiere a diversas circunstancias concretas, en las que los cristianos deben dar gracias y presentar *súplicas constantemente*.

2. ¿De dónde brota la oración cristiana de petición?

Nos preguntamos en este apartado sobre la *hondura* de la oración cristiana de petición.

Dice el CCE 2630 que tal oración “brota de otras profundidades, de lo que san Pablo llama el *gemido* (“*stenagmós*”) (Rm 8, 22-26). Es el gemido de la *creación* entera, de nuestro *cuerpo* y los gemidos inefables *del Espíritu Santo*.

La creación entera “gime hasta el presente y sufre dolores de parto” (Rm 8, 22) por verse totalmente liberada; nosotros “que poseemos las primicias del Espíritu... gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es en esperanza” (Rm 8, 23-24).

Dado que nuestra salvación es objeto de esperanza, no podemos responder con plenitud al amor de Dios con nuestras propias fuerzas. Por eso el hombre “debe esperar que Dios le de la capacidad de devolverle el amor y de obrar conforme a los mandamientos de la caridad. La esperanza es aguardar confiadamente la bendición divina y la bienaventurada visión de Dios” (CCE 2090). Por eso, a partir de la resurrección de Cristo “la oración de la Iglesia es sostenida por la esperanza, aunque todavía estemos en la espera y tengamos que convertirnos cada día” (n 2630).

Por último, la oración de petición brota de las profundidades de los “gemidos inefables” del Espíritu Santo, que “viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene” (CCE 8, 26).

Está claro que *tampoco es el hombre el protagonista* en la oración de petición. Dios se le anticipa. Y en la formulación de sus peticiones se hace presente el *gemido* lleno de esperanza y sostenido por el Espíritu Santo. Es un gemido que tiene una triple manifestación o arranca de un triple origen: la creación, los cristianos viadores y el mismo Espíritu Santo.

Las raíces profundas de la oración de petición radican en la esperanza, sostenida por Cristo resucitado, en el gemido inefable del Espíritu Santo, que ilumina y fortalece al orante para que presente su petición como conviene, en solidaridad con la creación entera, a la espera de la total liberación y de la plenitud del cielo.

4) LA ORACIÓN DE INTERCESIÓN

“Interceder” es “pedir a favor de otro” (n 2635). La oración de intercesión²¹ comporta como componente esencial la petición. “La intercesión es una oración de petición que nos conforma muy de cerca con la oración de Jesús. Él es el intercesor por excelencia, en cuanto Mediador único ante el Padre, a favor de todos los hombres, de los pecadores en particular”. (cf Rm 8, 34; Heb cap. 14-17; 1Jn 2, 1; 1Tim 2, 5-8; Apc caps 5, 8, 15, 21) (CCE 2634)²².

Cristo puede “salvar perfectamente a los que por Él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor” (Heb 7, 25)²³; Él es el único Mediador entre Dios y los hombres (1 Tim 2, 5-6), que intercede siempre por todos.

El mismo Espíritu Santo “intercede por nosotros... y su intercesión a favor de los santos es según Dios (Rm 8, 26-27)”. Se trata de una súplica que se realiza conforme a la voluntad de Dios y que busca el bien conveniente para los hombres. La intercesión “es ministerio, colaboración en la edificación, arte, participación en el Misterio”... Quien... “aprende a interceder, sale de sí mismo, se presenta ante el Padre y queda abierto a la caridad universal”²⁴.

21 M^a V. Triviño, *La oración de intercesión. Perfume en cuenco de oro* (Narcea, Madrid 2003). Puede verse también nuestra reseña en *Auriensia* 6 (2003) 378-382.

22 Rm 8, 34 se refiere a Jesucristo resucitado, sentado a la diestra de Dios, “y que intercede por nosotros”; 1 Jn 2, 1: “...si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo...”; 1 Tim 2, 5-8 se refiere a “un solo Dios y también a un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos”.

23 Este texto se refiere al sacerdocio perpetuo de Jesucristo en el cielo. “De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder a su favor”. Cf. también CCE 432. El Nombre de Jesús, el Nombre divino es el único que trae la salvación (CCE 432).

24 M^a Triviño, *La oración*. O.c.10-11.

1. *El intercesor*

Quien *intercede*, como Abrahán y tantos otros personajes de la sagrada Escritura, posee “un corazón conforme a la misericordia de Dios” (CCE 2635). Abrahán, conociendo el plan de Dios, confiado gratuitamente, posee un corazón “en consonancia con la compasión de su Señor hacia los hombres y se atreve a interceder por ellos con una audaz confianza (cf Gén 18, 16-33)”. (n 2571).

La oración de *intercesión* supone en quien la practica, una comunión profunda con Dios en su misericordia y una gran confianza, que supone el atrevimiento para suplicar por los demás. Así lo hizo Moisés por su pueblo e incluso por el Faraón, su perseguidor (Ex 10, 17; 11, 32).

En la vida de la Iglesia, “la intercesión cristiana participa de la de Cristo: es la expresión de la comunión de los santos” (n 2635). En esta Comunión de los santos, que es la Iglesia, “el miembro más importante es Cristo, ya que Él es la Cabeza... Así, el bien de Cristo es comunicado a todos los miembros”...(CCE 947). La Virgen María, la mujer toda santa, Madre espiritual de los hermanos de Cristo, es *intercesora* también por beneplácito de Dios. Ella, modelo e imagen de la Iglesia, acompaña a ésta en su misión de intercesión. También son intercesores los ángeles y los santos (SC 8; 103; 104; LG 49-50 ; CCE 1137-1139).

Este bien común se comunica a favor, sobre todo, de los necesitados (cf CCE 952), en la comunidad de caridad, que mira no al propio interés, sino al de los demás (cf CCE 953).

Quien intercede, digámoslo de nuevo, *busca* “no su propio interés, sino el de los demás” (Fil 2, 4), hasta rogar por los que le hacen mal, como hizo Esteban rogando por sus verdugos, como Jesús (cf Hech 7, 60; Lc 23, 28.34)” (cf CCE 2635)²⁵.

La intercesión es presentar a Dios los gritos de toda la humanidad con la esperanza de ser escuchado; es compartir la solicitud de

²⁵ También es significativo el caso de Moisés como intercesor por su pueblo. Toda su vida practica la intercesión, sacando de la intimidad con el Dios fiel, lento a la ira y rico en amor (cf Ex 34, 4), la fuerza y tenacidad de su intercesión (cf CCE 2577; 210; 2635). Moisés “se mantiene en la brecha” ante Dios (Sal 106, 23) para salvar al pueblo, después de la idolatría (cf Ex 32, 1-34, 9). Los argumentos que utiliza en su oración (la intercesión es también un combate misterioso) serán inspiradores de la audacia de los grandes orantes judíos como de la Iglesia. “Dios es amor, por tanto es justo y fiel, no puede contradecirse, debe acordarse de sus acciones maravillosas, su Gloria está en juego, no puede abandonar al pueblo que lleva su Nombre” (CCE 2577; cf 214).

Cristo Sacerdote de la nueva alianza, que dio su vida por la salvación del mundo y de este modo participar en su misión. Cuando esto tiene lugar en la asamblea litúrgica del Cristo resucitado, como una llamada universal dirigida al Padre, es cuando tiene la mayor fuerza (Jn 14, 14; Lc 11, 13).

2. La plegaria y su objeto

La intercesión de Esteban por los que le lapidan pide que Dios no les tenga en cuenta su pecado (cf Hech 7, 60). Esta súplica es un calco de la de Cristo en la Cruz: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34). Es el mismo Lucas quien recoge las dos plegarias con la gran semejanza entre ambas.

Si tenemos en cuenta la intercesión de Abrahán (cf Gén 18, 16-33), se refiere al perdón de los pecados de Sodoma y poder apartar de ella el castigo.

Moisés intercede para obtener la victoria sobre los amalecitas (cf Ex 17, 8-13), para obtener la curación de Myrian (cf Núm 12, 13-14), para obtener el perdón del pueblo e impedir el castigo divino (cf Ex 11, 32; 32, 1-34, 9). Es un gran ejemplo de orante e intercesor, que conoce al Dios de Israel y sabe intermediar entre él y aquellos a los que ama. Supone una profunda comunión con Dios y una gran audacia en determinados momentos.

La intercesión de las *primitivas comunidades cristianas* se orientó intensamente en esta dirección. La comunidad de Jerusalén ora “insistentemente por él (Pedro) a Dios”, mientras está encarcelado (Hech 12, 5).

En Hech 20, 36, Pablo, en la despedida de los presbíteros de Éfeso, “se puso de rodillas y oró con todos ellos”. Para ellos pide sobre todo la fidelidad a su ministerio y que conserven intachable lo que les ha comunicado, mientras permaneció con ellos. En Tiro, Pablo y los cristianos de aquella ciudad “nos pusimos de rodillas y oramos” (Hech 21, 5). En 2 Cor 9,14 dice Pablo, refiriéndose a la colecta para los hermanos de Jerusalén: “Y con su oración por vosotros, manifiestan su gran afecto hacia vosotros a causa de la gracia sobreabundante, que en vosotros ha derramado Dios”. Esta oración es una correspondencia, impulsada por la gracia, a la gracia recibida por el actuar de los corintios.

San Pablo hace participar, por la oración de intercesión, “en su ministerio del Evangelio”. En Ef 6, 18-20 dice a la comunidad:

“...siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu... e intercediendo por todos los santos, y también por mí, para que me sea dada la Palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el Misterio del Evangelio”. La oración de intercesión facilita la proclamación del Evangelio comunicando gracia para proclamarlo con valentía.

En Col 4, 3-4, Pablo dirigiéndose a los miembros de dicha comunidad, les dice: “...Orad al mismo tiempo también por nosotros, para que Dios nos abra una puerta a la Palabra, y podamos anunciar el Misterio de Cristo”... En 1 Tes 5, 25 dice Pablo: “Hermanos, orad también por nosotros”. Es una constante en las cartas de Pablo rogar a unas comunidades que pidan para que pueda encontrar el camino de la evangelización de otras gentes y que se le abran las puertas del corazón a la proclamación del Evangelio.

El Apóstol “intercede también por las comunidades” (CCE 2636). En 2 Tes 1, 11, Pablo se expresa así: “Con este objeto, (pues nuestro testimonio ha sido creído por vosotros) rogamos en todo tiempo por vosotros: que nuestro Dios os haga dignos de la vocación y lleve a término con su poder todo nuestro deseo de hacer el bien y la actividad de la fe”. Es otra constante, el Apóstol intercede por los ya evangelizados. Pide que Dios los mantenga en la vocación cristiana y lleve a la culminación el deseo de hacer siempre el bien y su trabajo de suscitar la fe en el corazón de los hombres.

En Col 1, 3, Pablo dirigiéndose a la comunidad de Colosas dice: “Damos gracias sin cesar a Dios... por vosotros en nuestras oraciones, al tener noticia de vuestra fe en Cristo Jesús y de la caridad que tenéis con todos los santos”... La acción de gracias por las comunidades es una oración que con frecuencia acompaña, precediendo o siguiendo a la *de intercesión*.

En Fil 1, 3-4, Pablo escribe así a su comunidad: “Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos vosotros...a causa de la colaboración que habéis prestado al Evangelio”... Aquí se unen íntimamente la oración de acción de gracias y la de intercesión por parte del Apóstol. Es de destacar el clima de alegría que acompaña a las dos formas de oración.

San Francisco de Asís “...se siente movido a tomar sobre sus hombros la carga que agobia a sus hermanos, a llevar el peso de sus penas y fatigas”²⁶, lo hace sometándose a penitencias severas en

26 M.^a V. Triviño, *La oración...* O.c. 55-56.

solidaridad con los que sufren, como Clara de Asís. Otras veces se hace con mucha alegría, expresión de la caridad del intercesor.

En el intercesor *vale más* el amor que el dolor. Así se expresa santa Catalina de Siena después de orar insistentemente con muchas lágrimas y sentimiento por una persona: “¡Oh Amor, oh Amor! ¡Te he vencido con tu mismo amor! Es tu voluntad que te pida con ardientes ruegos lo que tú solo por ti mismo puedes hacer por tu libre benignidad”²⁷. El intercesor busca a Dios para abandonar su súplica en el mar de su misericordia y Dios busca al intercesor como las olas bañan la playa y las rocas.

La oración de intercesión *se centra* en realidades espirituales. “La intercesión de los cristianos no conoce fronteras” (n 2636). Es intercesión “por todos los hombres, por todos los constituidos en autoridad” (1 Tim 2, 1)²⁸, por los perseguidores (cf Rm 12, 14)²⁹, por la salvación de los que rechazan el Evangelio (cf Rm 10, 1)³⁰.

La plegaria de intercesión, unida a otras formas, se extiende a los cristianos, judíos, perseguidores y a todos los hombres. En ella se pide siempre realidades en conexión con el Evangelio, el Reino de Dios y elementos unidos o que favorecen aquellos.

La oración de intercesión es frecuente en los escritos apostólicos y destacan la fe en tal súplica, que se hace a imitación de Cristo, Mediador y Sacerdote único y orante, sin cesar, ante el Padre.

Los verdaderos intercesores oran sobre todo por las personas necesitadas y presentan a Dios las necesidades de la Iglesia y del mundo. Esta oración en sentido estricto se apoya en el texto evangélico de Mt 18, 19-20 y es eficaz, pues se apoya en la Palabra de Cristo y en la realidad de dos o más “reunidos en mi nombre”. La oración de intercesión *abraz*a tres virtudes: la humildad, la fe carismática y la pobreza o desapego. María es el gran modelo de esta “intercesión como abrazo”³¹, en tres momentos fundamentales de su vida: cuando abraza a Jesús niño entre pañales en su nacimiento, abrazo a la humanidad débil del Hijo de Dios, que la abre al sentimiento de

27 *Ibid.* 61. La intercesión lleva consigo siempre el don de la persona y se apoya en la Comunión de los santos o la Iglesia.

28 1 Tim 2, 1: “Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad”.

29 Rm 12, 14: “Benedicid a los que os persiguen, no maldigáis”.

30 Rm 10, 1: “Hermanos, el anhelo de mi corazón y mi oración a Dios a favor de ellos (los judíos) es que se salven”.

31 M.ª Triviño, *La oración...* O.c. 101.

ternura hacia toda criatura; en la intercesión por los novios en Caná de Galilea (Jn 2, 3-5) y junto a la Cruz cuando escucha las palabras de Jesús: "Ahí tienes a tu hijo" (Jn 19, 27).

La intercesión, es *en síntesis*, un don ministerial, apoyado en el sacerdocio bautismal; es colaborar en la edificación de la Iglesia, uniendo en la Liturgia de la tierra a los bienaventurados del cielo y, desde la pobreza de la tierra, llegar al cielo; es el arte de colaborar con Dios para restaurar la hermosura, la bondad, la armonía en la paz; es participar en el Misterio en el que cada intercesor se apoya, para desde la alabanza y glorificación a Dios, hacer la petición sintiéndose seducidos por la Hermosura de Dios. "A Dios no se le dice *haz*, se le dice *te ruego*"³².

Minusvalorar esta oración es *minusvalorar* la intercesión orante de Cristo por nosotros, en la última Cena, cuando sus palabras sueñan a testamento, en su salida del mundo y retorno al Padre (Jn 17, 1-26), es minusvalorar la eficacia de su oración y de la que hacemos como Iglesia o individualmente al Padre, en su nombre.

CONCLUSIÓN

El CCE ofrece breve, pero muy claramente, lo fundamental sobre la oración de *petición e intercesión*. Lo hace en un *contexto* amplio y marcado por las grandes coordenadas de la oración cristiana: el *Misterio* dentro del que se encierra la vida de las tres divinas Personas, el misterio pascual de Jesucristo, el Don de la Pascua del resucitado (Espíritu Santo), la Iglesia, sacramento universal de salvación y la relación íntima y vital de la Trinidad con el hombre cristiano.

Supuesto lo anterior, la oración *se presenta* como: "don de Dios", que se recibe cuando la persona es humilde. Dios toma la iniciativa y sale al encuentro del hombre orante, allí donde experimenta su indigencia. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él. Por eso cuando el hombre le expresa su indigencia, Dios arde en deseos de colmarla. Dios entonces derrama, en la comunión orante con el hombre, la comunión de amor que reina entre las tres divinas Personas.

La oración *aparece* en el CCE como "Alianza" entre Dios y el hombre. Brota de la sede más profunda del hombre: su *corazón*.

32 *Ibid.* 115.

Pero es el Espíritu Santo quien la suscita y la orienta al Padre, en Cristo. El concepto de *alianza* es clave, tanto en el AT como en el NT. Es uno de los conceptos-experiencia, que atraviesa toda la Biblia para narrar y desgranar todos los matices de relación del Dios de Jesucristo con su pueblo, incluida la Iglesia. En la Alianza Dios toma la iniciativa, destaca el carácter afectivo, sponsal y dialogal entre Dios y los hombres. La infidelidad del hombre no rompe la fidelidad a toda prueba de Dios. Esta Alianza tuvo su cumbre en la Cruz, donde Cristo muestra a los hombres la fidelidad del amor de Dios y se renueva en el sacramento de la “nueva y eterna alianza”, que es la Eucaristía.

Por eso ha sido en la Cruz, donde el diálogo divino-humano (oración) ha alcanzado su cenit (entre Cristo, Dios-Hombre y el Padre) y se perpetúa en el sacramento del sacrificio de la Cruz: la Eucaristía.

Y la oración aparece como “comunidad”. En la oración, la vida de Dios trino es comunicada plenamente a todo el ser del orante. Y esto es así, porque mediante el Bautismo hemos sido hechos uno en Cristo. Esta comunión con la Trinidad se extiende a todo el cuerpo de la Iglesia. Por eso no puede quedarse en las necesidades, circunstancias personales o de grupo, debe abarcar a todo el universo.

Por lo que se refiere a la oración de *petición e intercesión* destacamos que, se encuadra en un contexto *próximo* referido a la “revelación de la oración”. Esto nos parece sustancial, pues supone que no se trata de una realidad en primer lugar *descubierta por la inteligencia humana*, es una *manifestación gratuita* de Dios.

Dios *toma la iniciativa* y lo propio del hombre es siempre *responder*. Dios ha ido revelando el don de la oración poco a poco en el AT, Cristo lo ha hecho partiendo de su oración en el NT y el Espíritu Santo lo hace en el tiempo de la Iglesia. En el momento presente es el Espíritu Santo, Cristo y la Iglesia quienes, según las geografías, el tiempo, las tradiciones y el genio de los pueblos van suscitando formas nuevas y fórmulas que expresen el misterio de Cristo.

Concretamos algunas conclusiones:

1. Por lo que respecta a la *oración de petición o súplica*, el CCE propone en primer lugar el *vocabulario usual* en este tipo de oración. Luego nos hemos detenido en lo que *se manifiesta o aparece* en esta forma de oración. En este sentido, el CCE descubre las siguientes *actitudes o valores*, que sería preciso desarrollar más, pero no nos es permitido en un trabajo de este tipo:

- *La conciencia clara de nuestra relación con Dios.* Por la oración de petición el hombre manifiesta que es un ser abierto a Dios, necesitado de Él y, sobre todo, de un diálogo personal con Él, puesto que le debe su existencia, está sometido a las normas de la creación y a los preceptos morales que moderan el uso de la libertad. Por ser criatura no tiene origen en sí mismo, ni es dueño de sus situaciones difíciles ni de su final.

Además, por sus pecados, sabe que como cristiano se aparta de Dios, su Padre. La oración de petición ya es un *retorno* a Él y a su casa. Por esta oración, el hombre manifiesta el *deseo* profundo y la *necesidad* de *reencontrarse* con el afecto paternal. El mejor ejemplo es la parábola del hijo pródigo, parábola que san Lucas pone en labios de Jesús, en la que, la petición del hijo, es también confesión de su situación de su alejamiento y necesidad de relacionarse con Él.

- *La humildad confiada.* La oración de petición brota de un corazón que reconoce su pobreza y pequeñez. Pero al mismo tiempo de una persona que confía sinceramente en Dios. El pecado no le impide manifestar su confianza en Dios. La humildad se expresa, ante todo, en la petición de perdón, que es el primer movimiento de la oración de súplica. Quien se siente alejado y afeado por el pecado, lo primero que desea vivamente es verse limpio de él. También esto lo descubrimos con frecuencia en el Evangelio. Esta petición es inicio de una oración justa y pura. Por ella tornamos a la comunión con el Padre, el Hijo y con los hermanos. En estas circunstancias la oración de petición es eficaz, pues cuanto pedimos lo recibimos de Dios.

- *Como centro está el deseo y la búsqueda del Reino que viene.* La oración de petición manifiesta como *centro* tanto el deseo como la búsqueda del Reino, tal como Jesús lo predicó. Tal realidad se identifica con la persona y la obra de Jesús, al que llamamos cada día y cuya venida queremos apresurar por nuestra espera. La *jerarquía* en la oración de petición es pedir primero el Reino y luego, lo necesario para acogerlo y cooperar a su venida. Esta oración es necesaria siempre por los evangelizadores, las comunidades a evangelizar y aquellas que ya han sido evangelizadas.

- *Tiene por objeto toda necesidad.* La oración de petición incluye todas las necesidades. Cristo que asumió todo lo creado para rescatarlo todo, es glorificado por las peticiones que presentamos al Padre en su Nombre (cf Jn 14, 13). Se requiere pedir al Padre en el nombre de Cristo, por cualquier necesidad asumiéndola y deseando su solución, conforme a la voluntad de Dios. De este modo Cristo es glorificado.

El Padre que nos ha dado la vida no dejará de darnos el alimento necesario para ella y todos los bienes convenientes, materiales y espirituales. Santiago en su *carta* y Pablo, en distintos escritos, exhortan a los cristianos a la oración en toda ocasión también mediante las *súplicas*.

En el trabajo nos hemos preguntado por la *hondura* de la que brota la oración de petición. El CCE responde que brota de las profundidades del *gemido* de la creación entera, de nuestro cuerpo y del Espíritu Santo. Se trata de un gemido de esperanza en orden a la liberación. La oración de petición brota también de las profundidades de los “gemidos inefables” del Espíritu Santo, que viene a fortalecer nuestra flaqueza, pues no sabemos pedir como conviene. Esta oración, sostenida por la esperanza, se orienta a la plenitud final y a la felicidad del cielo.

2. La oración de *intercesión* tiene como *componente fundamental* la oración de petición. Como tal nos conforma a la voluntad de Dios y pide el bien que conviene al hombre, al estilo de Jesús, el intercesor por excelencia, porque es Sacerdote eterno y, por ello, Mediador único entre Dios y los hombres. También el Espíritu Santo intercede por los cristianos conforme al beneplácito de Dios, buscando siempre el bien conveniente al hombre.

Quien intercede posee un corazón misericordioso, confiado y audaz. Es el caso de Abrahán, Moisés, Cristo, la Virgen María, San Francisco de Asís, santa Catalina de Siena, las primeras comunidades cristianas, etc. La oración de intercesión supone, en quien la hace, una profunda comunión con Dios en su misericordia, gran confianza y un gran atrevimiento para suplicar por los demás. Además incluye pobreza, fe y vaciamiento de uno mismo.

Toda oración de intercesión tiene en Cristo su *modelo*, intercesor misericordioso incluso en bien de sus enemigos. En la oración de intercesión resplandece, sobre todo, el interés por los demás. La oración de intercesión de las *primitivas comunidades* es un auténtico *modelo* para las comunidades de todo tiempo. Su oración es a favor del Apóstol, de otras comunidades, por los presbíteros, participando mediante ella en el ministerio evangelizador del Apóstol, pues comunica gracia para proclamar el Evangelio con valentía. Como contrapartida el Apóstol, sobre todo Pablo, nos da muchos testimonios de su oración de intercesión por las diversas comunidades: evangelizadas, a punto de ser evangelizadas y que todavía esperan el anuncio del Evangelio.

La oración cristiana de *intercesión se centra* en realidades espirituales, pero no conoce fronteras: es por todos los hombres, por los perseguidores, por los que rechazan el Evangelio, etc. Las realidades espirituales no excluyen las temporales que favorecen aquellas.

Es una oración que supone una *profunda fe* en Dios, por parte de quien respondiendo a la gracia, suplica el bien para los demás.

Al *final de* este estudio que brota de los textos, no podemos menos de destacar la *gran riqueza oracional*, de fe y de vida cristiana que encierra la oración de petición e intercesión.

Es sólo una *muestra* de lo mucho que a veces no se tiene en cuenta. Y esto aparece en un *campo limitado* (el CCE) de los que pueden y deberían tratarse. Sería preciso estudiar a fondo el fundamento bíblico, constituido por tantos textos del AT y NT sobre la oración de petición, que sustentan el “edificio” de la oración de súplica. Pensamos en la multitud de oraciones presentes en distintos libros de la Biblia. No todas son de petición, pero en muchas, la petición se mezcla con la alabanza y la acción de gracias.

De modo especial esta oración está presente en los *salmos*, oración privilegiada de Israel, compañera en tantos momentos de angustia, miedo, desesperanza, peligro, calamidades, etc. del pueblo y de los fieles concretos.

El mismo Cristo en el NT y en el momento culminante de la Cruz ora con la oración de *intercesión*: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34). Esta oración será modélica para la comunidad cristiana. Esteban ora con el mismo espíritu, siguiendo el ejemplo legado por el Maestro (cf Hec 7, 60; 1 Pe 2, 23).

En los cuatro evangelios encontramos infinidad de textos en los que Jesús enseña a orar con este tipo de oración. El Padrenuestro es la oración por excelencia de los discípulos de Jesús y contiene *siete peticiones*, que son modélicas para toda oración de petición.

La comunidad cristiana en la *Liturgia* y en las oraciones llamadas hoy *piadoso-devocionales* da testimonio constante de esta forma de oración. Destaquemos la antigua *oración universal* del Viernes Santo³³, la oración de los fieles³⁴, de la que nos da testimonio ya San

33 Cf. Misal Romano (Coeditores litúrgicos 1997) 259-265. Estas oraciones tienen la estructura de la antigua oración de los fieles u oración universal: el diácono formula la invitación a la oración en la que se expresa la intención, todos oran en silencio unos instantes y seguidamente el sacerdote canta o recita la oración. Son 10 oraciones de petición e intercesión por la Iglesia, por el Papa, por los ministros y los fieles, por los catecúmenos, por la unidad de los cristianos, por los judíos, por los que no creen en Cristo, por los que no creen en Dios, por los

Pablo (1Tim 2, 1-2) y San Justino mártir (CCE 1345), las variadísimas oraciones eucológicas, sobre todo colectas, en las que se pide a Dios gracias concretas. Los famosos *dípticos* del Canon romano³⁵, en los que se pide por los vivos y difuntos, la liturgia de la Eucaristía de difuntos³⁶, las Rogativas, etc. Y si nos fijamos en las oraciones *piadoso-devocionales* son incontables las formas de petición a lo largo

gobernantes y por los atribulados. Quien lea detenidamente tales oraciones no podrá decir con objetividad y verdad que a Dios no le hace falta escuchar las peticiones de aquellos que viven en la dificultad, angustia, miedo, necesidad, etc. Es verdad que Dios conoce esas situaciones angustiosas, pero desea que la comunidad cristiana (y la persona) se las presente, porque así se aumenta el deseo de recibir el don de Dios. Dice S. Agustín: "Sus dones, en efecto, son muy grandes, y nuestra capacidad de recibir es pequeña e insignificante" S. Agustín, *Carta a Proba*. Carta 130, 8, 15. 17-9, 18: CSEL 44, 56-57. 59-60). Puede verse también en *Oficio divino. Liturgia de las Horas según el Rito Romano IV. Tiempo ordinario. Semanas XVIII-XXXIV* (Coeditores litúrgicos 1981) 318.

34 Es la oración que expresa la realidad del sacerdocio común de los fieles, en ella ejercen su sacerdocio bautismal y es una oración de petición e intercesión que el Concilio Vaticano II ha rescatado del olvido, restableciéndola "de acuerdo con la primitiva norma de los Santos Padres" (SC 50). También algún autor que parece desconocer o no dar importancia a la Tradición litúrgica tiene la osadía de afirmar que tal oración no tiene sentido en muchos casos y que oscurece la imagen auténtica del Dios cristiano. No le vendría mal la lectura y estudio de la Presentación del libro de *La oración de los fieles y de las Orientaciones pastorales* del Secretariado Nacional de Liturgia (Coeditores litúrgicos 1991) 7-20.

35 Desde muy antiguo, ya lo comenta S. Cipriano, en la Iglesia se leían los "dípticos" es decir los nombres que se escribían en una tablilla de dos hojas con los nombres de los que habían ofrecido dones para la Eucaristía, de los santos y obispos a recordar o los difuntos por los que se pedía, de modo especial, en la Eucaristía. En el Rito Romano se ha hecho y así permanece dentro del Canon, dando origen a lo que llamamos "memento" (recuerdo) por los vivos y difuntos. Algún autor habla de que la oración de petición o las exequias no deben hacerse *por* los difuntos, sino *con* los difuntos. La Tradición orante y litúrgica de la Iglesia, según él, debe ser rectificadada en este punto.

36 La oración de petición por los difuntos es quizás de los temas más recurrentes en la eucología de las misas de exequias. Si la Tradición orante de la Iglesia se ha equivocado en esto y, por tanto, nos ha engañado, la Iglesia ha fallado en algo sustancial. Quienes afirman lo indicado antes, no se si han pensado en las consecuencias de su afirmación. Además ¿dónde queda entonces el tema de los sufragios por los difuntos, defendidos desde siempre por la Iglesia? (cf. SC 49-50; CCE 1030-1032). El CCE 1689 insiste en que la Eucaristía de exequias que ofrece a Cristo muerto y resucitado al Padre "pide que su hijo (el difunto) sea purificado de sus pecados y de sus consecuencias y que sea admitido a la plenitud pascual de la mesa del Reino" (OEx 57) Así la comunidad de los fieles, especialmente la familia del difunto, aprende a vivir en comunión con quien "se durmió en el Señor... y orando luego por él y con él". La oración cristiana referida a los difuntos es siempre *con* (en la comunión de los santos) él y *por* (en su favor, pues puede necesitarlo) él. Dice a este respecto CCE que el día de su muerte empieza para el cristiano "la plenitud de su nuevo nacimiento comenzado en el Bautismo... aun-

de la vida de la Iglesia, dirigidas al Padre, a Jesucristo, a la Virgen María y a los santos.

Basten como ejemplos más significativos: las *letanías de los santos*, que han terminado entrando en la Liturgia (Ordenaciones, profesión religiosa, recomendación del alma, etc.) y el *Rosario* en el que se integran habitualmente las letanías. Estas dos fórmulas de oración son eminentemente de petición y recomendadas en todo tiempo por la Iglesia.

Es claro que esta oración comporta en su ejecución concreta *fallos* y puede ser entendida en un sentido no del todo aceptable por algunas personas. Es posible ponerle algunas *objeciones*, que la afeen o deformen inadecuadamente; pero los fallos y objeciones no pueden laminarla, ni conducir a suprimirla o a superarla. Se trata de aceptar que *requiere* catequesis y clarificación de lo que es y, cuáles son sus objetivos y orientación.

Cuando esto se ponga en claro, no le afectarán las objeciones de algunos que parecen moverse más por ideas preconcebidas, que por la realidad honda y objetiva de la que da testimonio la sagrada Escritura y la gran Tradición de la Iglesia.

RAMIRO GONZÁLEZ
Instituto Teológico "Divino Maestro".
Orense

que pueda todavía necesitar últimas purificaciones para revestirse de la túnica nupcial" (n 1682). Puede verse con provecho A. Araújo, *Qué significa hoy ofrecer sufragios por los difuntos* en Secretariado Nacional de Liturgia (Ed.), *Comentarios al Ritual de Exequias renovado* (Coeditores litúrgicos 1989) 59-69.

SUMMARY

In the research about the pray of request and plea in the *Catechism of the Catholic Church* (CEE), the author tries to go deeply into the presentation that makes the work in question (in the IV part) in order to clarify the motives, contents and objectives of the speaker in this kind of prayer. The author finds the theme in the widest context, exposed by the CEE of the pray in general as a *mystery* that is explained as a *gift, alliance with God and Communion*. Then it is clarified what is in the deep of the request and plea: The conscience of our relationship with God, the trusting humility of the prayer and the wish of searching the Kingdom. This pray flows from the *deepness* of the “groans” of the entire creation, the man and the Holy Spirit. These clues show the value of this way of pray, *laudable* for the straightforward and the “wise” (foolish?) of this world.